

London N. W.
Assulton H 127
Inglaterra
Núm. 387.

EL PORVENIR DEL OBRERO

Mahón, jueves 25 Marzo 1915



OBRA NUEVA

Dr. JULIO CARRET

Demostración de la inexistencia de Dios

TRADUCCIÓN DE J. PRAT

Acaba de publicarse esta obra, tercer volumen de la Biblioteca de Divulgación, impresa esmeradamente en buen papel. Véndese al precio de una peseta.

Los pedidos han de ir acompañados de su importe a las siguientes direcciones:
En MAHÓN (Islas Baleares).—Administración de EL PORVENIR DEL OBRERO, Tipografía Mahonesa, calle Nueva.
Depósito en BARCELONA.—«Librería de Luis Millá», calle de San Pablo, n.º 21.
El franqueo para cualquier punto de España corre de cuenta de los editores; pero si se desea recibir el paquete certificado, hay que añadir 25 céntimos.
Tomando de 3 ejemplares en adelante se hace un descuento del 30 por 100.

El peligro militarista

Tan antigua como nociva es la táctica confusionista de echarlo todo a barato y aprovechar el menor pretexto para vociferar que lo mismo son unos que otros, que un régimen liberal no es mejor que otro absolutista y que entre un hombre bueno y abnegado y un egoísta criminal no hay moralmente diferencia.

De este falso criterio se aprovecharon siempre los peores y no han faltado entre los germanófilos vergonzantes quienes lo remozaran diciendo que no saben ver que sea más peligroso para la civilización y para la libertad de los pueblos el militarismo alemán que el francés o el *marinismo* inglés.

Enseguida se comprende que quienes afirman tales cosas desconocen lo que sea el militarismo, confundiendo con la sola existencia de un numeroso ejército.

¿Cuándo la poderosa escuadra inglesa pretendió influir en la política interior del país, sublevándose contra los poderes civiles, disolviendo las cámaras o violentando la voluntad popular?

Militarismo hay en ciertas repúblicas americanas, donde un bandido afortunado, con el título de general, se hace dueño de todo, repartiendo los cargos públicos entre sus cómplices; pero no en Inglaterra donde la opinión pública gobierna mejor que en ninguna otra nación; ni en Francia después de la cuestión Dreyfus.

Ningún ciudadano inglés sospecha que por consecuencia de un triunfo brillante de su escuadra pudiese sobrevenir la menor mengua de las libertades populares; como tampoco los franceses pueden creer que su Joffre victorioso se convirtiera en un déspota.

Luego nos hablan del peligro ruso; pero éste no es para hoy, sino, en todo caso, para más adelante. Históricamente, el peligro ruso está mucho más alejado de nosotros que el peligro alemán.

De todos modos, carecemos de datos suficientes para profetizar la acción del pueblo ruso en el progreso político y social, tanto en lo interior del gran imperio, como en su influencia sobre los demás países; por lo tanto, lo más seguro es atenernos a la opinión de los mismos revolucionarios rusos.

Si estos, como Kropotkine, Tcherkessoff, Gorki, etcétera, nos aseguran, como ya lo decía Tolstói, que el mayor peligro para la libertad del pueblo ruso está en el triunfo del imperialismo prusiano, ¿por qué no hemos de creerles, siendo, como es, muy racional su aseveración?

Con el triunfo de Guillermo II, los pueblos que no cayesen de momento

bajo la esclavitud más vergonzosa, tendrían que apresurar los preparativos guerreros para defenderse en plazo muy próximo.

No solamente las naciones de Europa, sino también las de América, para conservar su dignidad e independencia, política y económica, tendrían que dedicar muchos millones de hombres y gastar cantidades que nunca alcanzaron sus presupuestos nacionales, a fin de tener un ejército y una marina de guerra que impusiesen respeto a los que pretenden ser los señores del mundo.

Esto fuera el reinado del militarismo en todas partes, aceptado por todos, si no con entusiasmo, al menos como un mal necesario, inevitable, puesto que sólo haciéndose militarmente muy fuertes podrían los pueblos evitar el caer en las vergüenzas de la sumisión al bárbaro imperio cuyos procedimientos en el territorio belga todo el mundo mira hoy con horror, con justificada indignación.

¿Qué dirían entonces los anti-militaristas germanófilos? ¿Se opondrían sin ninguna clase de medios, llevando el pueblo a nuevas derrotas y provocando mayores atropellos del vencedor? ¿Dirigirían discursos sentimentales a los *junkers* prusianos?

Acaso los intransigentes de ahora nos aconsejarían entonces la sumisión y la resignación; acaso se les ocurriría besar la mano de los triunfadores ensobrecidos, siguiendo el consejo de su maestro Nietzsche que decía: «si eres martillo, golpea; si eres yunque, aguanta.»

Los que no queremos ser martillo, pero tampoco estamos dispuestos a tolerar que nos golpeen, debemos prevenir los acontecimientos y poner de nuestra parte lo posible para que nunca una clase odiosa de privilegiados adquiera tan grande y universal poder

que pueda arrollarnos y atropellarnos a todos impunemente.

Ahora estamos a tiempo; dentro de poco tal vez será tarde.

Juan Cualquiera

¡Honda pena da pensar en la cantidad de energía cósmica y de energía moral despilfarradas en las horrendas hecatombes de la guerra!... ¡Qué de inestimables beneficios realizaría la humanidad si la mitad solamente del tesoro gastado en imbéciles e infecundas matanzas se empleara en las nobles empresas de la higiene, de la cultura y del bienestar colectivos!—S. RAMON Y CAJAL.

DE LA GUERRA

¿Cómo hay quien dice que en la guerra sólo se ventilan los intereses de los capitalistas y que nos debe dar igual que triunfen unos u otros de los beligerantes? Los que tal afirman mientan a sabiendas. Porque nadie puede ignorar que si triunfasen los Imperios centrales, seguramente perderían su independencia Bélgica, Servia y Luxemburgo; y, probablemente, también otros países sufrirían la misma suerte. En cambio, con la victoria de los aliados queda asegurada la independencia de esas naciones. Se trata, pues, de que varios países sigan o no siendo independientes. ¿Y a quién, que de justo y liberal se precie, le puede ser indiferente esto? ¿Cómo no hemos de protestar de que los países débiles sean apiastados por los fuertes, de que unas naciones pretendan someter a otras, de que a los pueblos se les quiera imponer la más odiosa, la más insoportable tiranía, la extranjera? Todo amante de la justicia y la libertad tiene necesariamente que ponerse de parte del débil, del atropellado. Nadie puede ni debe dejar pasar sin protesta tal violación del derecho, crimen semejante. Aunque sólo sea por la independencia de Bélgica, de Servia y del Luxemburgo, deseamos que los austro-alemanes salgan derrotados.

Pero tampoco se trata solamente de la independencia de Bélgica, Servia y Luxemburgo. Se trata de que las corrientes políticas, ideológicas y sentimentales irían después de la paz por muy diferente camino según de quien fuese la victoria. La su-

posición de que el mundo marchará lo mismo triunfe quien triunfe, es caprichosa e inadmisibile. Todo hace suponer que serían bien diferentes los derroteros que se emprenderían. ¿Cómo desconocer que la victoria germánica influiría enormemente en todo el mundo en contra de las ideas de libertad y progreso? Si triunfasen los alemanes, cosa que desde el principio de la guerra he considerado imposible, y mis amigos saben que no perdí el optimismo ni aún en los angustiosos días de la marcha de las hordas germánicas sobre París, adquirirían gran preponderancia las ideas autoritarias; el militarismo se desarrollaría en todos los países al estilo de Prusia; se culpaba de la derrota a los elementos avanzados, a las propagandas pacifistas y antimilitaristas, realizadas en Francia e Inglaterra principalmente, y sería casi imposible continuar propagando los ideales de paz y libertad; la reacción se entronizaría en todo el mundo; los retrógrados se sentirían fuertes y el espíritu liberal se eclipsaría por largo tiempo; las guerras se sucederían sin intermitencias; por espacio de más de medio siglo quedaría estancada la evolución social. Y, por el contrario, con el triunfo de los aliados nada de eso podría suceder. El fracaso de Alemania sería el del militarismo. Sin el peligro alemán, Francia e Inglaterra, y con ellas todos los países, avanzarían más rápidamente en el camino del progreso. Por lo menos, no estaríamos después de la paz peor que antes de la guerra; no se perderían las pocas libertades que existen y que tanto ha costado conquistar y cuesta conservarlas, y el ambiente no sería hostil a los ideales socialistas. Y algo es algo. Por eso deseamos que los aliados triunfen.

Se sigue discutiendo con calor qué nación es la culpable de la guerra. Hay opiniones para todos los gustos. Los germanófilos descargan toda la responsabilidad sobre Rusia unos, sobre Inglaterra otros. Los menos, los que hablan a tontas y a locas, dicen que la culpable es Francia. Pero es un hecho tan evidente que la responsabilidad es de Alemania, que casi todo el mundo lo reconoce así. No creemos que se llegue a demostrar que no ha sido Alemania la causante de la guerra. Así esperamos que ante la Historia quedará patentizado. Sólo el que desconoce por completo los alegatos de los países beligerantes y de sus respectivos partidarios, puede suponer otra cosa. Y como mejor se convence uno de que Alemania es la culpable, es enterándose de lo que dicen los que la defienden. Tan indefendible es su causa, que nos demuestran lo contrario de lo que pretenden. Les pasa lo que a esos inconscientes anarquistas que nos combaten porque deseamos el triunfo de los aliados, y acaban por confesar que, por uno u otro motivo, no es deseable el triunfo de Alemania, dándonos con ello indirectamente la razón.

Si, si no fuera porque el hombre es un animal tan idiota que las verdades más sencillas son las que más tarda en comprender, como dijo no recuerdo ahora quien, todos los anarquistas serían partidarios de los aliados, y aun estoy por decir que todo el mundo, y no habría necesidad de hablar de esto; tan claro está que a nadie puede convenir el triunfo de Alemania y que fue ella la que desencadenó esta espantosa guerra; tan evidente es que sin el orgullo insoportable y las desmedidas ambiciones del imperio germánico, no hubiera estallado la actual conflagración, porque Francia no la quería, la temía, y a Inglaterra no le convenía.

Y puesto que creemos que es Alemania la culpable de la guerra, ¿cómo no hemos de anhelar su derrota?

José Chuca

Declaraciones de Faure

Explicación a mis amigos del por qué yo renuncié, por el momento, a mi campaña en favor de la paz.

Mi entrevista del día 26 de enero

con M. Malvy, Ministro del Interior

M. Malvy me había citado para las cinco de la tarde. Yo fui exacto a la entrevista. El ministro me esperaba y me hizo introducir inmediatamente en su despacho, donde me recibió con bastante sencillez y hasta con cordialidad.

Mi entrevista con el ministro ha sido conmovedora, como pocas veces me haya ocurrido, y por ello he decidido reseñarla en el mismo día, resumiendo nuestra conversación tan fielmente como me sea posible.

No lo hago porque conceda a la cualidad de mi interlocutor una importancia particular, sino porque tengo una verdadera necesidad de decir a mis amigos y compañeros por qué razón he cesado, bruscamente y cuando apenas había sido comenzada, la campaña en favor de la paz, de la cual, mi llamamiento a los socialistas, sindicalistas revolucionarios y anarquistas, no era más que un prelude.

M. Malvy me hizo saber antes que todo, que siendo estudiante, y hasta mucho después de haber dejado de serlo, había regularmente asistido a mis conferencias, en las que, sin aprobarlas totalmente, había aplaudido la exactitud de mis observaciones y la nobleza de mis ideas, y que, en fin, había tenido gran placer en escucharme, tanto por el ardor de mis doctrinas como por oír en una bella manera de hablar una excelente lección de elocuencia.

Al escuchar tal manera de entrar en materia, díjeme yo: ¡Demasiadas flores! ¿Qué será lo que pensará decirme después? Pero sin insistir en los elogios, M. Malvy se apresura a declarar:

—Si os hablo de semejante modo es para demostraros que os conozco bien y desde largo tiempo, y es por esto, porque os conozco, por lo que he querido veros. Yo os doy mil gracias por haber venido.

Luego añadió:

—Es de vuestro manifiesto *¡Hacia la paz!* de lo que quiero hablaros.

—Me lo suponía, señor ministro.

—No lo dudo; le ruego, pues, que tenga a bien escucharme.

—Diga lo que guste. Lé escucho.

El ministro intenta entonces la empresa de convencerme de que si bien dicho manifiesto, muy bueno, muy bien estudiado, muy elocuente (es M. Malvy quien dice esto), está inspirado por un pensamiento generoso y un motivo laudable, en cambio, apresurar el fin de las matanzas que se ocasionan con la guerra es peligroso y perjudicial, porque todavía es muy prematuro para hacer tal cosa.

—La Francia no es la que ha querido la guerra—dice M. Malvy—; ha hecho cuanto ha podido para evitarla, y, en cambio, ha sido víctima de una agresión tan premeditada como brutal. Ninguno de los hombres que constituyen el gobierno actual hubiera consentido una guerra ofensiva; ninguna alianza hubiera sido capaz de comprometerlos en tal sentido. Pero Francia ha sido atacada y era nuestro deber hacer un llamamiento a la nación para que empuñara las armas para defenderse y salvar su porvenir.

Tanto mis compañeros de gabinete como yo hemos asumido ante los ciudadanos de este país grandes responsabilidades, y estas responsabilidades nos imponen deberes a los cuales no podemos faltar sin hacerles traición. La guerra es una cosa horrible, abominable, sí, es verdad; pero ya que hemos sido obligados a serle eternos a ella, no

tenemos el derecho de precipitar su fin antes de la victoria definitiva, la que, hoy día, es ciertísima.

El gobierno tiene la convicción firmísima de que Alemania llega al fin de sus recursos y muy próximamente se verá obligada a reconocer su derrota. La paz es muy deseable, es verdad, y yo os garantizo que la haremos tan pronto como las circunstancias lo permitan; pero reflexionad, convencíos de que el momento no es todavía propicio para hablar de ello.

M. Malvy desenvuelve esta idea hablando con gran calor, llegando a la conclusión siguiente:

—Yo os ruego, y es por este motivo por lo que os he querido ver, os ruego, repito, no solamente como miembro del gobierno de la Defensa Nacional, sino, sobre todo, como demócrata y librepensador, que suspendáis en este momento toda propaganda en favor de la paz. No os pido que renunciéis a ella definitivamente, sino simplemente que aplacéis por un corto tiempo el llevarla a cabo.

A lo que respondí:

—Habéis hablado de modo que me obliga en vuestro favor; yo olvidaré, puesto que a ello me autorizáis, que estoy hablando con un ministro; puesto que lo queréis, seré el hombre que responde a otro hombre. ¿Me permitis una pregunta?

—Hacedla sin temor alguno.

—Señor ministro, ¿habéis leído bien y detenidamente mi escrito, calificado por el público de manifiesto?

—Le he leído, y con gran atención, desde el principio al fin. Os lo repito, lo he encontrado muy moderado en la forma y muy estudiado en el fondo, y precisamente son estas condiciones de vuestro escrito las que lo hacen peligroso.

—En efecto, yo pesé bien todos sus términos. Puesto que lo habéis leído, habréis notado que en él no hablo de una paz *hic et nunc*, de una paz que deje subsistentes las causas del conflicto. No hablo yo de una paz que coloque de nuevo a las naciones beligerantes en el *statu quo ante*. No hablo yo de una paz que humille a Francia, colocándola en la postura de un país vencido o agostado o que la deshonor separándola de sus aliadas, de las cuales es y se mantiene solidaria. Yo hablo en mi escrito de una paz honrosa y ventajosa, de una paz que tenga en cuenta las restituciones necesarias, las indemnizaciones equitativas y el derecho de todas las nacionalidades. Yo hablo, en fin y sobre todo, de una paz estable, cimentada en tales bases y rodeada de tales garantías, que ninguna nación pueda ser tentada de desencadenar un nuevo cataclismo ni aun que se halle en estado de poderlo intentar. Yo hablo de una paz que, si ella no nos conduce a la constitución de los Estados Unidos de Europa, nos lleve a una Europa pacificada para muy largos años.

—Estamos completamente de acuerdo. Está bien una paz semejante, que nosotros deseamos como usted, y que hemos de hacer cuanto podamos por alcanzarla. Pero, precisamente una paz así comprendida, por deseable que ella sea, es imposible en la hora actual, y yo estimo que, en plena guerra, es perjudicial y peligroso hablar de ella, puesto que con ello se enerva y debilita el sentimiento nacional, se priva de energía a la exaltación patriótica, necesaria e indispensable tanto a los hombres que se batían en las trincheras, como a los que quedan en sus casas. ¿Habéis pensado en ello?

—No era eso lo que debía pensar; en todo caso no era ese el fin que yo me había propuesto.

—¿Qué fin, pues, era el que perseguíais?

—Yo he querido simplemente preparar los espíritus para que examinen con benevolencia y no rechacen sin estudio la eventualidad de que pueda llegarse al

desenlace de la horrible tragedia en un tiempo tan próximo como sea posible. He querido oír la voz de la Razón a los alaridos de la Locura. Yo he querido que entre el concierto de las imprecaciones salvajes se elevara una palabra de concordia y de humanidad. Pienso que no es bueno para la salud de los pueblos el vivir durante meses y meses en una atmósfera de odio y ferocidad, y persisto en creer que hará un bien inmenso aquel que haga circular por entre esa atmósfera saturada de resentimientos y de cóleras, algunas corrientes de dulzura y reconciliación.

—Yo no dudo, no quiero dudar de vuestras buenas intenciones, y reconozco que los sentimientos que han inspirado vuestro manifiesto son humanitarios. Pero, una vez más os lo digo, tengo la profunda convicción de que el resultado no sería el que esperaríais. Ante un manifiesto, y sobre todo de un manifiesto como el de que tratamos, que se dirige al alma sentimental y al espíritu un poco simplista de la multitud, hace falta considerar, principalmente, la impresión que se desprende del instinto. Lógicamente, no es nada dudoso que, doloridos de la guerra, de los duelos, las pérdidas y las angustias que ella ocasiona fatalmente, todos aquellos que lean vuestro llamamiento no sacarán de él más que una sola impresión, que bien puede traducirse del siguiente modo: «Es verdad; es preciso terminar con la guerra a toda costa y sin esperar más. Sebastián Faure tiene razón. ¡Protestemos contra esta maldita guerra; reclamemos la paz; obliguemos al Gobierno a firmarla cueste lo que cueste!» Aun hay otra cosa; sin duda ignoráis que, en el Mediodía especialmente, numerosos agentes al servicio de Alemania predicaban también la paz. ¡Oh, yo me apresuro a añadir que en todo ello no hay más que simple coincidencia—de ello estoy convencidísimo—y os ruego que no veáis en mis palabras la más mínima alusión injuriosa! Pero señalo el caso porque aporta una indiscutible fuerza a mi tesis. Comprenderéis que predicar la paz en los actuales momentos, es favorecer, aunque sin quererlo, los intereses y las agitaciones del enemigo, y, por consiguiente, perjudicar, en idéntica proporción, los intereses de Francia.

Yo replico, él insiste, y la discusión fué, durante unos instantes, ardiente, apasionada, poniendo cada uno de nosotros en la defensa de nuestros respectivos puntos de vista una gran pasión y una convicción profunda.

—Yo os he dicho todo cuanto quería decir—añade M. Malvy—, todo cuanto tenía el deber de decir. Sé que sois firmemente consecuente con las ideas que defendéis desde hace veinticinco o treinta años, las que profesáis y propagáis, pero también sé que vuestro espíritu es accesible al sentido de las necesidades, que alguna vez inclinan la doctrina ante la ley de la realidad. He aquí por qué no desespero de haberos convencido, e insisto nuevamente en solicitar que ceséis provisionalmente en la propaganda que habéis comenzado. Pero para mejor convencerlos y con mayor seguridad, antes que con toda otra consideración que pudiera exponeros, os mostraré la prueba de que vuestro llamamiento acarrea muy graves consecuencias. Si vuestro manifiesto no hubiese llegado más que a manos de la población civil, la cosa hubiera sido, ciertamente, lamentable, mas el mal no tendría tanta importancia. Pero el manifiesto ha llegado también a los soldados que están al frente del enemigo y esto es de una gravedad extrema. Sabemos que ha sido leído en las trincheras, que ha circulado y pasado de mano en mano. Lleva al pie un nombre conocido y querido; está muy habilmente redactado y es de temer, si no se pone pronto remedio, que tenga una aprobación entusiasta e irreflexiva por un gran número

de nuestros soldados. Estos hombres han sido bruscamente separados de aquellos seres a quienes aman y sienten impaciencia por volverlos a ver; las cartas que reciben de sus familias les inquietan y les entristecen; su fatiga es grande por la lentitud de las operaciones, y ardientemente suspiran por llegar al fin de las hostilidades. Todo esto es muy humano. Sus jefes han tenido conocimiento de los efectos de vuestro llamamiento a la paz; han sabido que ha sido leído con avidez, comentado y discutido con pasión en las trincheras. Ha habido necesidad de abrir una información discreta y minuciosa. Por ella se ha sabido que se os han escrito cartas en respuesta a vuestro manifiesto. La autoridad militar ha recogido un gran número de documentos interesantes. Entre estos documentos figuran numerosas cartas escritas bajo la impresión de un momento de resentida emoción por esos hombres que se batían, que diariamente exponen su vida, que sufren lejos de los seres queridos, y algunas de esas cartas son tan comprometedoras, que han dado motivo muy serio para sofocar de golpe la agitación producida, enviando ante los pelotones de ejecución a sus autores, y haciendo con ellos un ejemplar escarmiento. Todos estos soldados son de los vuestros, camaradas, amigos. Hay entre ellos algunos que os interesan muy de cerca...

En este momento, yo lo confieso, porque es la verdad, me sentí fuertemente impresionado, no encontrando la palabra adecuada para explicar mi grandísima emoción. Mi corazón sufrió una violenta y profunda opresión y mis ojos se nublaron y humedecieron, chispeando lágrimas.

¡Qué tristeza, qué dolor y qué remordimiento para mí si otros habían pagado con su vida lo que yo había hecho! Pues sí había algún culpable ese culpable ¿era yo? ¡Si alguno debía ser inquietado, perseguido, condenado, ese alguno era yo, yo solo! ¡Y yo que creía no comprometer a persona alguna, yo que había creído asumir todas las responsabilidades firmando solo, absolutamente solo, mi manifiesto!...

Todas estas reflexiones me asaltaron bruscamente. En un rápido momento de excitación imaginativa veo caer a mis mejores amigos, los camaradas más queridos. ¡En su postrera mirada leo un reproche por haberles sacrificado, mientras yo estaba bien, resguardado de todo peligro!

El gran trastorno que de mí se había apoderado era atentamente observado por M. Malvy, quien parecía no ser insensible a mi angustia y hasta que participaba de mi intensa pesadumbre.

—Tranquilizaos—me dice—. Hay en el ministerio hombres que, por principio y por naturaleza, son adversarios de los procedimientos de «mano fuerte», los que sólo consienten en casos excepcionales y de absoluta e indiscutible necesidad. Estos hombres son adversarios de los tribunales marciales y de la justicia sumaria y se han opuesto firme y decididamente a todas las medidas de rigor que la autoridad militar tenía el designio de aplicar a vuestros amigos.

Yo he obtenido que todos los documentos del expediente formado, es decir, procesos, informaciones y cartas relacionadas con este asunto, me fuesen entregadas, y los he arrojado al fuego. Todo ha sido destruido. De los procesos, de las informaciones hechas, de las cartas halladas, no queda nada. Todo ha sido reducido a cenizas. Este asunto, como si no hubiera existido.

—¿Vos habéis hecho eso? ¿Vos me lo afirmáis?

—Yo os lo aseguro; os doy mi palabra de honor.

—Gracias. Pues bien, M. Malvy; no quiero titubear en haceros la promesa de lo que esperaréis de mí, comprometiéndome a satisfacer vuestros deseos. Os doy mi



palabra y estimaré que ella os dé la seguridad de que sabré cumplirla.

—Tengo la certidumbre de que se puede confiar plenamente en vuestra lealtad, y sinceramente os doy gracias por ello.

Después de estas palabras me levanté para despedirme. M. Malvy me acompañó hasta la puerta de su despacho, y ya en el umbral, instintivamente y como para sellar el compromiso contraído, nos dimos un vigoroso apretón de manos.

Sebastián Faure.

Hemos querido que figurara en nuestra colección este documento precioso, digno de atención y estudio, porque honra igualmente a nuestro compañero S. Faure y al ministro que en la entrevista representaba a la noble nación francesa en los actuales difíciles momentos.

Consideren los compañeros atacados de francofobia si en Alemania hubieran hablado de igual modo al autor del manifiesto «Hacia la Paz» los ministros de Guillermo II.

También importa repetir que el compañero Faure no ha manifestado desear la paz con el imperio germánico, sino «una paz basada en la solidaridad internacional de la clase obrera y en la libertad de todos los pueblos.»

Esta es la paz que nosotros deseamos, incompatible con el gobierno de la brutal aristocracia militar prusiana sobre el dócil y fascinado pueblo alemán.

La primera consecuencia de esta guerra debe ser la liberación del pueblo trabajador de Alemania, que por sí solo hubiera tardado quizá muchos años en derribar sus ídolos, pero que al verlos destrozados por la guerra tendrá ocasión de organizarse en República Social bajo la dirección de Liebknecht y del pequeño grupo antimilitarista, ya que otra cosa no permitiría el estado de su evolución.

Una paz que restableciese las cosas tales como estaban en la primera mitad de 1914 fuera una gran desgracia para todos, porque la guerra quedaría solamente aplazada por corto tiempo, que aprovecharían los poderes tiránicos para acumular mayores preparativos, oprimiendo más a los pueblos.

Por esto es preciso que el imperio militarista sea vencido, condición indispensable para que pueda venir la paz que desean Liebknecht y Sebastián Faure, la paz definitiva entre los pueblos civilizados, impuesta, después de la caída de los imperios militares, por la Internacional de los trabajadores.

Tarrida del Marmol

Otra desaparición dolorosa.

No le conocimos personalmente; pero leímos las enseñanzas de sus escritos y oímos a los compañeros que habían compartido su vida de activa propaganda y el trágico encierro en el castillo maldito de Montjuich.

De una manera especial recordamos la emoción de Anselmo Lorenzo cuando hablaba de su mejor amigo, de quien decía que era «la más privilegiada inteligencia, el corazón más noble y el primer orador entre los anarquistas españoles».

Para el número extraordinario que *Tierra y Libertad* prepara en memoria de Lorenzo, envió nuestro compañero Mir unas pocas cuartillas en que se hallan copiadas las palabras de una carta en que el anciano maestro le expresaba su cariño, comparándolo con el que sentía por Fernando Tarrida y colocando a éste en el primer lugar y a Mir en el segundo.

En los asuntos más discutidos, y aún apartándose con dolor de la opinión de Lorenzo, coincidieron sus dos discípulos. Baste apuntar la gran trascendencia que concedió Tarrida y defendimos en este semanario a las reformas de Lloyd Georges, sobre la propiedad de la tierra y los derechos de los trabajadores; y se ha repetido el caso al apreciar las causas y consecuencias de la guerra y la necesidad de combatir al imperialismo germánico que amenaza torcer en sentido regresivo el curso de la evolución política y social de los pueblos europeos.

El nombre de Fernando Tarrida del Marmol merece perpetuarse en la memoria de todos los que trabajan por la emancipación del proletariado y por el mejoramiento de la especie humana.

Canto de combate

¡Nuestro es el porvenir! ¡Siempre adelante!

¡Ataquemos briosos, decididos,
y en la cúspide ondula la triunfante
bandera de las huestes de oprimidos!

Ya corre por el cuerpo, compañeros,
la ráfaga febril del entusiasmo;
del supremo gozar se siente el pasmo
y se alzan nuestros rostros alianeros.

¡A la cúspide todos! ¡Sus!; ¡Arriba!
que se hunda el enemigo a nuestro embate;
nuestros odios lancemos al combate
que en odios y en amor el triunfo estriba.

Asaltemos la cumbre tenebrosa
blandiendo el arma vengadora y santa.
¡Mirad al enemigo que se espanta
al ver nuestra embestida poderosa!...

Atacad vigorosos... Embistamos
con empuje feroz, incontrastable;
torrente asolador, la formidable
venganza desbordada, la ira seamos.

Y al vencida quedar la muchedumbre
por la explosión del odio asolador
bañará nuestros rostros el claror
de la luz de la aurora en la alta cumbre.

Y en su cúspide enhiesta, iluminada
por los rayos del sol esplendoroso
que se engría por siempre este glorioso
rojo pendón... ¡Es la victoria ansiada!

¡Nuestro es el porvenir! ¡Siempre adelante!
¡Ataquemos briosos, decididos,
y en la cúspide ondula la triunfante
bandera de las huestes de oprimidos.

Máximo Paría.

Quien mata a una persona es infamado como criminal. Pero degollad miles de hombres, inundad la tierra de sangre, infestad con cadáveres los rios y se os dará un sitio en el Olimpo.

Lactancio.

Progreso y Miseria

La mecánica adelanta sin cesar. Pero la humanidad no ha sacado de sus progresos más resultados que la transformación hombre-máquina del productor, que, en otro tiempo pudo ser artista. La invención y el progreso científico son la nota característica de nuestro siglo.

Las máquinas emplean cada día con mayor ventaja, en todos los ramos de la producción, las incalculables fuerzas que la Naturaleza puso al servicio del hombre. Pero la organización de la sociedad ha querido que de este aumento de riqueza natural sólo resultara un beneficio para una pequeñísima parte de la humanidad.

Precisamente para los productores genuinos, los resultados han sido fatales. El uso de las máquinas y de los procedimientos mecánicos han hecho de ellos verdaderos esclavos. La pobreza es su único patrimonio. Al exceso de producción corresponde un exceso de miseria.

La tierra generosa y la mecánica industrial pueden hoy dar a la humanidad cuanto pueda necesitar. Esto lo ha demostrado de una manera científica y acabada nuestro amigo y maestro Kropotkin en su obra admirable LA CONQUISTA DEL PAN, y, sin embargo, son cada día más numerosas las víctimas del hambre, de la miseria y de las enfermedades que de ella resultan.

El remedio es sencillísimo. Pero este remedio se niegan y se negarán a aplicarlo nuestros amantes economistas y nuestros desalmados gobernantes, so pretexto de que hay cosas sagradas a las que no se debe tocar.

¿Cómo puede ser sagrado ni digno de respeto aquello que, a cambio de ventajas discutibles para unos pocos, trae vinculados consigo los sufrimientos y la muerte para los más?

Las generaciones venideras, libres de ciertas preocupaciones inconcebibles, no podrán menos que reirse de la estupidez de nuestra burguesía, al paso que maldecirán los crímenes monstruosos de nuestra legislación.

F. Tarrida.

INDIVIDUALISMO

Hay que formar individuos fuertes.

Cada individuo debe procurar el mejoramiento de su propia personalidad en todos sentidos.

Peró este mejoramiento individual no debe realizarse a costa de los demás, aplastando a sus compañeros, despreciando a sus iguales, como es hoy el individualismo de los burgueses que se enriquecen con la explotación del trabajo ajeno, a costa de la fatiga y del hambre de los proletarios.

En una sociedad bien organizada, los individuos alcanzarán el mayor desarrollo físico, intelectual y moral. Serán más fuertes, poseerán más conocimientos y serán capaces de actos sublimes de abnegación y solidaridad.

Si, en vez de esto, fuesen mayores criminales que los capitalistas y gobernantes que ahora padecemos, entonces la humanidad, lejos de conseguir un

progreso, habría caído en un vergonzoso retroceso.

Y ese es el camino de los discípulos del germano Nietsche, que califican despreciativamente de «masa» al pueblo trabajador.

Solidaridad en las trincheras

El primero de los cronistas españoles, Gomez Carrillo, ha contado primorosamente su visita a la línea de fuego de las tropas francesas, describiendo su vida debajo de la tierra y las relaciones amistosas entre los enemigos, sobre todo entre los soldados, a despecho de los jefes.

De semejantes relatos, todos interesantes, entresacamos los párrafos siguientes, que no queremos comentar, ni es necesario:

«Cuando están más cerca las zanjias enemigas, como allá, hacia el Oeste, ¿ve usted?, entre las matas aquellas—me dice el teniente—, no es raro ver a un alemán acercarse hacia el borde del foso para pedir un poco de tabaco o una cerilla. Los nuestros les pagan sus visitas con pretextos iguales. Y cuando, por casualidad, hay alguien de aquí que hable alemán o alguien de allá que hable francés, los coloquios llegan a tomar formas amistosas. Hace poco, las relaciones habían acabado por hacerse tan cordiales entre dos trincheras, que un capitán alemán pidió a sus jefes que cambiaran a sus hombres de sitio. Antes de marcharse los alemanes dijeron a los nuestros que tuvieran cuidado con los que iban a llegar a reemplazarlos, pues eran prusianos que venían de la frontera rusa y no conocían las «costumbres francesas». En general, los soldados alemanes traen una idea algo diabólica de nuestras tropas. Para llegar a inspirarles confianza hay que hacer esfuerzos inauditos. A todas las proposiciones que se les hacen contestan: «no tenemos confianza». Pero, eso sí, cuando llegan a tenerla, son como niños, curiosos y alegres... Nosotros detestamos a los oficiales, por lo crueles y orgullosos; pero no a los pobres soldados, que son heroicos y que son inteligentes en el fondo, aunque no lo parecen.»

.....«Hace pocos días, en las inmediaciones de Saint Mihiel, donde las trincheras se encuentran a veinte metros unas de otras, nuestros compañeros estaban indignados de la grosería con que un teniente prusiano trataba a sus hombres. A cada instante su voz chillona oíase cubriendo de improperios a todo el mundo. Unos cuantos parisienses, dispuestos a vengar a sus adversarios de tan malos tratos, decidieron matar a aquel teniente, sin hacer daño a los soldados. Una noche escribieron en un papelito: «Mañana, a las cuatro de la tarde, no saquéis la cara, por más que oigáis, dejad a vuestro teniente que se entere sólo de lo que pasa». Al día siguiente, a la hora dicha, los dos mejores tiradores de nuestra trinchera tomaron sus fusiles, mientras los parisienses representaban la comedia preparada de antemano.

—¡El general Joffre!—exclamó uno.
—¡Es cierto!—gritó otro.
—Allá viene, a caballo—clamaron todos.—¡Viva Joffre!... ¡Viva Joffre!...



El teniente alemán asomó la frente para ver lo que pasaba, y dos balas lo hirieron mortalmente.

—Ya no os molestará más con sus groserías—dijeron los franceses a sus vecinos.

Una voz gutural y franca contestóles:

—Gracias.

Todo el mundo estaba contento.

De la gran crisis

No solamente los idealistas decimos que de la actual tremenda catástrofe saldrá un mundo nuevo, con nuevos ideales y realidades nuevas.

También los conservadores que poseen algún talento, como el escritor mallorquin don Miguel S. Oliver, pronostican el cambio radical que habrá de resultar del hundimiento de todos los prestigios del pasado.

«Pero ahora, dice, se ve claramente que al salir de la actual conflagración, cuando se haya apagado el eco del último cañonazo y se haya disuelto en la atmósfera el humo de la postrer descarga, el hombre no será ya el mismo, los pueblos no serán ya los mismos. Europa no será tampoco la misma, y la purificación por el dolor y el martirio habrá de elevar por fuerza los espíritus haciendo que florezcan nuevas idealidades y nuevos sentimientos insospechados, sobre la costra del planeta endurecido ahora por el egoísmo, la molice, la cobardía y la sequedad de corazón.»

Los viejos sistemas que hemos combatido sin tregua, porque preveíamos los males que habían de ocasionar, han tenido un final digno de su irracionalidad y de la perversidad de sus defensores.

En la gran crisis mundial todo se ha hundido. Solamente nuestras ideas rectoras pueden regenerar el mundo.

Olvidemos las ruindades del pasado y procuremos ser los dignos constructores del porvenir.

EL PÁJARO

Volví yo de cazar e iba avanzado por una avenida de mi jardín. Mi perro iba delante corriendo. De súbito veo que modera su carrera y avanza con precaución, como si olfatease caza delante de él.

Extiendo la mirada por la avenida y veo un pajarillo casi implume, de pico amarillento y con la cabeza cubierta aún de pelusilla.

Había caído del nido—el viento balanceaba con fuerza las acacias del jardín—y estaba encogido, extendiendo lastimosamente, sus alitas implumes. Mi perro avanzaba temblándole las patas, cuando de pronto, desprendiéndose de un árbol inmediato, un pájaro viejo, de plumaje negro, cayó como una piedra ante la misma boca del perro, y crispado, loco, boqueando desesperado, lanzando un pí... pí... que daba lástima, saltó dos veces sobre aquella boca abierta y armada de afilados dientes. Se había lanzado a defender a su hijo; quería servirle de muralla. Pero la pobre avecilla temblaba

de miedo; su grito era ronco y salvaje; moría, sacrificaría su vida.

A sus ojos, el perro ¡qué gran monstruo parecía! y no obstante, el pájaro no había podido quedarse arriba, en aquella rama tan alta y segura. Una fuerza más poderosa que su voluntad lo había lanzado de allí. El perro se paró, retrocedió. Diríase que hasta él había reconocido aquella fuerza. Le llamé aturdido y me fui poseído de santo respeto.

Sí, no os riais, era respeto lo que yo sentía delante de aquel pájaro heróico, delante de la fuerza de su amor.

El amor, pensaba yo, es más fuerte que la muerte y que el miedo de morir. Sólo por el amor se mueve y mantiene la vida.

Tourgueneff.

En una sociedad bien organizada, el café, el tabaco y el alcohol sólo debieran venderse en las farmacias y mediante receta del médico.

Dr. Velazquez de Castro.

El Congreso por la Paz

Aunque carecemos de noticias directas de los organizadores del Congreso por la Paz que se proyecta celebrar en el Ferrol, no queremos dejar de señalar la importancia incalculable que puede tener para el socialismo revolucionario.

Si sabemos elevarnos sobre las pequeñas diferencias que nos hacen disputar a veces inutilmente, ese congreso puede ser el punto de partida de una orientación nueva, adecuada a las nuevas circunstancias, y nuestra influencia podrá ser decisiva en la reconstitución social que habrá de seguir a los horrores de la guerra.

En cambio, si nos dominan el fanatismo y los miserables rencores, entonces habrá terminado nuestro tiempo, y hombres nuevos, con nuevas ideas, vendrán a continuar la labor emancipadora; porque el progreso humano continuará de todas maneras y las grandes ideas no morirán.

En la prensa de información leemos que asistirán al Congreso del Ferrol numerosos socialistas extranjeros, citándose el nombre del venerable Anatolio France.

El Congreso de Alaró

En representación de la sociedad de obreros zapateros de esta ciudad ha asistido al congreso de zapateros celebrado en la vecina isla nuestro querido compañero Juan Mascaró.

Se reunieron 27 delegados en representación de sociedades de Alaró, Alayor, Inca, Lluchmayor, Mahón, Marratxí, Palma y Pollensa.

Se acordó:

1.º Pedir dos reales de aumento por par en el trabajo destinado a la Península.

2.º Aprobar la idea de fundar una Federación Balear del oficio.

3.º Organizar y asociar debidamente a las trabajadoras de calzado.

También trataron del modo de disminuir la jornada de trabajo en los ta-

lles tomando por base las nueve horas.

Por último, se acordó declarar el sentimiento de todos los reunidos en favor de la paz europea y protestar de la imprevisión de los gobiernos que no han sabido evitar el encarecimiento de las subsistencias.

ASUNTOS VARIOS

Agradecemos a la Biblioteca «Auro-ra» de La Coruña su obsequio de 25 ejemplares de *El Problema Anarquista*, por Eduardo G. Gilimon.

Es un folleto bien escrito y editado con esmero, que se puede adquirir por diez céntimos, con el 30 por 100 para los corresponsales.

Dirigirse a Enrique T. Chás, Cor-delería, 50-2.º, La Coruña.

**

Ha sido inscrito civilmente un hermoso hijo de los compañeros Francisco Pons y Margarita Planells.

Salud y prosperidades al nuevo compañero.

**

En Morón de la Frontera se ha constituido un grupo ácrata denominado «Los hijos de Acracia», que se propone difundir los nobles y bellos ideales de amor y justicia, por medio de periódicos, folletos, libros y todo cuanto con la ciencia y el arte se relaciona.

Desea relación con todos los grupos de España y del extranjero.

Dirigir la correspondencia al compañero Fermín Durán Salguero, San Francisco, 35, Morón (Sevilla).

**

Hemos recibido el segundo número de la revista «Alas», publicación mensual que editan los entusiastas compañeros de Castro del Río.

El tamaño es reducido, pero está bien escrita y orientada, pudiendo hacer una labor muy conveniente entre los campesinos andaluces, sedientos de ideal.

Diez céntimos ejemplar y su dirección es: Colegio 15, Castro del Río (Córdoba).

Libros escogidos

que pueden adquirirse en la «Tipografía Mahonesa».

	Pesetas
La Revolución Francesa, por el Dr. Gustavo Le Bon	3'50
El Evangelio y la Iglesia, por Alfredo Loisy	3'50
El Proletariado Militante, por Anselmo Lorenzo	3'00
Cómo haremos la revolución, por E. Pataud y E. Pouget, prefacio de Pedro Kropotkine (2 tomos)	2'00
Memorias de un revolucionario, por Pedro Kropotkine (2 tomos)	2'00
Via Libre, por Anselmo Lorenzo	1'00
Las alegrías del destierro, por Carlos Malato	1'00
La conquista del pan, por Pedro Kropotkine	1'00
La sociedad moribunda y la anarquía, por Juan Grave	1'00
Las fuerzas subterráneas, por Eliseo Reclus	1'00
Diccionario Filosófico de Voltaire (6 tomos)	6'00
La Libertad, por A. Schopenhauer	1'00

La Humanidad y la Patria, por Alfredo Naquet	1'00
El Pueblo, por Anselmo Lorenzo	1'00
La Leyenda Cristiana, por Augusto Dide	1'00
Las Prisiones, por Pedro Kropotkine	1'00
Campos, Fábricas y Talleres, por Pedro Kropotkine	1'00
La guerra ruso-japonesa, por León Tolstoy	1'00
Los enigmas del Universo, por Ernesto Hæckel (2 tomos)	2'00
Las maravillas de la Vida, por Ernesto Hæckel (2 tomos)	2'00
Psicología del socialista-anarquista, por A. Hamon	1'00
Dios y el Estado por M. Bakounine	1'00
Socialismo y Anarquismo, por A. Hamon	1'00
La familia libre, por Leopoldo Bonafulla	1'00
El origen de la vida, por J. M. Pargame	2'00
Evolución de los seres vivientes, por E. Ruben y B. la Verne	2'00
Nociones sobre las primeras edades de la Humanidad, por Georges Engerrand	2'00
Evolución de los mundos, por M. J. Nergal	2'00
La Escuela Moderna, por Ferrer Guardia	2'00
Ferrer (Páginas para la Historia)	0'20

En todas estas obras no se puede hacer ningún descuento y se advierte que no se servirán los pedidos que no vengan acompañados de su importe.

BIBLIOTECA DE EL PORVENIR DEL OBRERO

EL PATRIMONIO UNIVERSAL (Conferencia sociológica), por Anselmo Lorenzo.

LA ANARQUÍA, por Eliseo Reclus.
LA MUJER, consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre, por Teresa Claramunt.

Estos folletos se venden al precio de 15 céntimos ejemplar.

A los corresponsales se les hace el 33 por 100 de rebaja.

Los pedidos han de venir acompañados de su importe.

El Porvenir del Obrero

CONDICIONES:

Suscripción: Un trimestre. Ptas. 1'00

Número suelto 0'05

Paquete de 30 ejemplares. 0'90

Para el extranjero se carga el precio del franqueo.

Correspondencia

Argentina.—L. B.—Recibido 4'25 pesetas. Servimos suscripción y hemos enviado un ejemplar de cada uno de los tres volúmenes de la «Biblioteca de Divulgación».

Palma de Mallorca.—B. P. P.—Enviamos 6 ejemplares desde el número 386. Mandamos 6 ejemplares *Demostración de la inexistencia de Dios* en paquete certificado.

Barcelona.—R. L.—Recibido 2 pesetas.
Boston (Mass.)—Gr. «Fraternidad».—Servimos 50 ejemplares desde el número 386.

Bilbao.—Sociedad «El Progreso».—Servimos suscripción.

Cala.—F. H.—Recibido 1 peseta por *Tierra y Libertad* número 251. Servimos suscripción.

Osuna.—S. M.—Enviamos 15 ejemplares desde este número.

Valencia.—M. A.—Servimos 1 ejemplar de *Hacia la Emancipación*.

Tipografía Mahonesa, calle Nueva, Mahón